

ALTAMIRA VISTA POR LOS ESPAÑOLES



**XURXO
AYÁN
VILA**

*Ens han timat. Anem a veure unes coves del s. XX (XXI) falsificacions de
las de veritat x cert... això és el llibre de reclamacions?*
11/6/2003

*Espero que dentro de otros 15.000 años este cuaderno siga
estando en el museo*
16/7/2003

Este libro merece la pena leerlo
Diciembre de 2006

*Quizás algún día, hasta este libro sea un tema de estudio de
aquellos “locos/ chalados”*
3/8/2003

Espero que este libro dure tanto como las pinturas de la cueva
2004

Este es un sitio para no poner tonterías
Agosto de 2009

*A veure si d'aquí 17.000 anys algu troba aquest llibre y es
preguntará.... com de freiks eren els nostres avantpassats*
14/7/2010

*Esta escritura ha sido creada para entretener a todos estos vagos tocabuevos
que solo saben hacer que leer gilipolleces como estas para pasar el tiempo.*
P.D. *Quien lo lea es... Pon tu opinión.*
30/6/2011

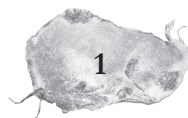
*Quitando a los niños que no tienen culpa de nada más que de ser sufridores
del sistema educativo español, ¡qué de incultos han firmado este libro!*
El Cid
Diciembre de 2011

CONTENIDO

	Pág.
A MODO DE PRÓLOGO: <i>VACACIONES SANTILLANA</i>	1
A MODO DE INTRODUCCIÓN: <i>ESTE LIBRO ES MÍO</i>	7
CULTURA ESPIRITUAL DE ALTAMIRA	19
La sombra de Darwin es alargada: creación versus evolución	21
La caverna de Platón: metafísica popular	29
Poesía cavernícola posnovísima	39
Tótem y tabú: los bisontes son buenos para pensar	45
La vida social de una cueva: biografías anónimas de Altamira	52
CULTURA SENTIMENTAL DE ALTAMIRA	61
Altamira revisitada	66
La lengua de las mariposas (¿o de los bisontes?)	74
Altamira <i>Love Story</i>	78
Vacaciones y vocaciones	85
CULTURA ARQUEOLÓGICA DE ALTAMIRA	95
Sus grafitis y nuestros grafitis	95
A pesar de ser prehistóricos: la pervivencia del hombre de Altamira	102
<i>The Atapuerca Connection</i> : el hombre de Altamira versus Miguelón	111
CULTURA MUSEÍSTICA DE ALTAMIRA	119
Prehistoria y género: la invisibilización de la mujer	122

La insoportable levedad de la neocueva	129
Por una arqueología inclusiva	141
CULTURA POLÍTICA DE ALTAMIRA	153
Patriotismo científico: yo soy español, español, español	155
Identidad, patrimonio y automomías: la arqueología como reclamo turístico	166
El sabor de la tierra: Cantabria infinita	174
Revilla o la cueva de Alí Babá	187
DEL <i>NUNCA MÁIS</i> A LA CRISIS ECONÓMICA	193
La negra sombra	194
Un mundo en guerra	196
Los huesos de la memoria	199
Papeles mojados	201
¿Cómo nos repartimos el botín?	204
VALORACIÓN FINAL	209
CODA	215
AGRADECIMIENTOS	216
REFERENCIAS	219
A MODO DE APÉNDICE: <i>BONUS TRACKS</i>	237





A MODO DE PRÓLOGO: VACACIONES SANTILLANA

*Esta es la tierra de las contradicciones: Santillana del mar ni es
Santa, ni llana, ni tiene mar; y las cuevas de altamira ni están altas
ni se miran ¡VAYA TELA!*

16/8/2003

¿El pueblo de ahí abajo tiene habitantes o sólo tiendas?

26/7/2003

Preguntando se va a Roma y sin preguntar a Santillana

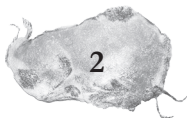
14/9/2003

¡Por fin salió el sol en Santillana! Vámonos fuera!

8/4/2004

En julio de 1987 mis padres, mi hermana y yo nos fuimos de vacaciones a Cantabria, desde Pontevedra, en un flamante Renault 9 GTD con cuatro marchas y una bonita toquilla multicolor bordada por mi madre para proteger los asientos traseros. Yo tenía once años. Era un tiempo aquel en el que la matrícula del vehículo delataba a sus ocupantes: PO 2354 T. Si uno se cruzaba en la carretera con otro coche presumiblemente ocupado por paisanos, los padres de familia hacían sonar entusiásticamente el claxon siguiendo un vesánico y arcano ritual gregario.

En nuestra microhistoria familiar el paso por Potes en aquel viaje fue proverbial. La feliz circunstancia de que allí se hiciese aguardiente a la manera tradicional dio lugar a una tertulia de sobremesa con el dueño del restaurante de turno, que versó sobre las excelencias de los orujos gallegos. Al reiniciar la marcha (entonces no había controles de alcoholemia), nos dimos de bruces con unas obras en una carretera comarcal. En aquellos años tampoco había artilugios móviles disfrazados

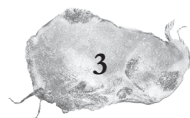


de obrero para señalar o prohibir el paso. Entonces se manejaba el recurso del palitroque. El peón carretero nos pasó el testigo y se limitó a decir: «Pasadle el carallo este al que está parado de frente». Así llegamos a Santillana del Mar.

Aquel viaje de la familia Ayán Vila había sido preparado con mucha antelación. Mi padre era un entusiasta de la prosa costumbrista de Pereda. Aprendió a amar las tierras cántabras a través de las páginas de viejas ediciones de *Peñas Arriba* o *El sabor de la tierra*. También sentía un especial amor por el arte románico. Esa cantabrofilia y esa querencia por las iglesias medievales me fue transmitida de manera natural. De hecho, yo mismo colaboré en el diseño de los itinerarios del viaje, guiado por un libro monográfico sobre Cantabria, de la serie *DESCUBRA ESPAÑA PASO A PASO* (Arozamena, 1986), y que todavía guardo como oro en paño. También conservo un llavero que reproduce en madera la basílica de Santillana del Mar, y que había comprado en una de esas tiendas de *souvenirs* que tanto proliferan en el pueblo más bonito de España.

Y qué decir de mi madre, galaica campesina de la terra de Lemos que se encontraba feliz en este país montañoso. Lo mejor del viaje, para ella, fue beber un vaso de leche en un portal de la calle del Cantón. Por cien pesetas, mi madre viajó a su infancia. Como reclamo turístico, un despabilado ofrecía al visitante leche recién ordeñada de una vaca allí presente, a la vista de todos. En 2014, en estos tiempos de asepsia, de hiperproteccionismo estatal, de normativas europeas de seguridad e higiene y de civilización de costumbres, resulta muy difícil asimilar esa realidad de 1987 en Santillana del Mar.

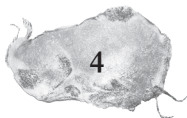
Aquel viaje me marcó, sobre todo, porque fue entonces cuando se me declaró mi devota vocación arqueológica. De aquellos polvos vienen estos lodos. Por Navidad, los Reyes me trajeron un libro que me marcó profundamente: *Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo* de Martín Almagro (1980). En sus páginas se recogía un perfil stratigráfico de la cueva de El Castillo en Puente Viesgo. También se explicaba en qué consistían las cuadrículas Wheeler y los métodos de excavación arqueológica. Nuestro viaje a Cantabria se convirtió en



todo un campo de experimentación de esta arqueología de campo. Por supuesto, visitamos la cueva de El Castillo, en esos añorados tiempos del vecino-guía que traía la llave de la cueva desde su casa. Ver aquellas manos grabadas me marcó para siempre. También fuimos a Julióbriga, en donde en la década de 1980 la Universidad de Cantabria estaba llevando a cabo intervenciones arqueológicas en área (Iglesias Gil, 2002). Allí pude ver las famosas cuadrículas Wheeler. En el perfil de una de ellas me encontré con un fragmento de cerámica común romana, un cuello estriado que duerme el sueño de los justos en una cajita de mi escritorio al lado del antedicho llavero de Santillana del Mar y una postal con los grabados rupestres de la cueva de El Castillo.

En Cantabria, en julio de 1987, decidí ser arqueólogo de mayor.

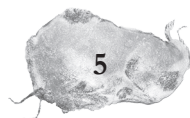
Diecisiete años después, he vuelto a Santillana del Mar, no por vacaciones, sino por trabajo. Uno ya no puede beberse un vaso de leche recién ordeñada en sus calles empedradas. Esto no forma parte del *performace* y el *marketing* de la Cantabria infinita. Pero sí se puede visitar un museo espectacular, igual a sus homólogos europeos (imposible de concebir en 1987) y una escenografía única como es la denominada neocueva en la que, entre otras cosas, se simula una excavación arqueológica. Esta vez no me alojo en un hotel decadente, congelado en el tiempo, como era La Gran Antilla de Santander, sino en el Hotel Altamira de Santillana del Mar, todo un caserón que resume en su interior la manera de estar en el mundo de la hidalguía cántabra decimonónica. Esta clase social construyó su propia memoria. Desde sus paredes, nos observan orgullosos ancestros de la familia; una señora con abanico que nos recuerda a Isabel II, un intelectual que posa con periódicos de prometedores títulos como *La Esperanza*, militares engalanados, posibles héroes de la francesada o luchadores legitimistas en las carlistadas... Esta baja nobleza recreaba su pasado, sancionaba sus aspiraciones de clase y era muy consciente de preservar su alcurnia, su origen, su estatus, su patrimonio, su acervo y su memoria. En este mismo contexto mental fue aculturado el propio hidalgo ilustrado Sanz de Sautuola, sin ir más lejos.



En el siglo XXI el viejo caserón lleva el nombre de una cueva solo conocida en su día por anónimos pastores, miembros del campesinado, una clase que seguía siendo subalterna bajo el nuevo estado liberal. El Hotel Altamira (cuya parte trasera linda con la calle Racial) refleja el proceso de patrimonialización desatado desde 1879. El Patronato de Turismo promocionaba ya en la década de 1920 la cueva de los bisontes como fuente de rentabilización económica (Obermaier, 1928; Larrinaga, 2005). La luz que penetra hoy en día por las ventanas del hotel ya no solo ilumina las caras de los ancestros sino que también alumbrá las vidrieras con la silueta de los bisontes altamiranos y las láminas de animales rupestres que comparten protagonismo con los antepasados. En la plaza mayor de Santillana, en frente del parador nacional, una escultura de un bisonte se acompaña de una estela que pone: *Santillana al hombre de Altamira*.

El siglo XX dio lugar a una nueva realidad: los restos arqueológicos ya no eran propiedad intelectual de curas, hidalgos y eruditos. La cueva de Altamira emergió como un patrimonio público, propiedad de todos los españoles. Los manuales escolares y la utilización política de las pinturas no hicieron más que remarcar su carácter de signo icónico-visual, de referente identitario para generaciones de españoles (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995, 1997). Los ancestros de la colectividad no podían ser, obviamente, los próceres de la Patria de los cuadros de los caserones, los ayuntamientos y los monasterios. El ancestro y el antepasado de todos pasó a ser el *hombre primitivo* de Altamira (Monforte, 2011; Barreiro y Criado, 2015). Un hombre (masculino singular) que retó a la muerte y se acercó a la eternidad firmando, a su manera, la caverna en la que vivía, amaba, lloraba y moría. A través del arte parietal, el hombre de Altamira preservó su memoria. Los grabados en la piedra son un fenómeno universal, propio de la condición humana.

En la colegiata románica de Santillana del Mar los vencedores de la guerra civil española (1936-1939) esculpieron los nombres y apellidos de los mozos del pueblo *caídos por Dios y por España*. Allí siguen. Honrar su memoria fue una de las herramientas performativas que coadyudaban a



legitimar la dictadura (González Ruibal, 2009), sobre todo en una región que había estado ocupada en un inicio por las *bordas marxistas* (Solla Gutiérrez, 2010). Esos petroglifos eran un recurso nemotécnico para recordar en la vida diaria quiénes eran los vencedores, sobre todo a los jóvenes de esa España en la que *comenzaba a amanecer*. Esta epigrafiía es, en el fondo, un auténtico libro de firmas, si bien los autógrafos no son tal, ya que los chicos fallecieron en combate. En todo caso la intención de perdurabilidad es la misma que podemos intuir o identificar en todo arte rupestre, en todo tiempo y lugar: ayer, hoy y mañana.

El libro de firmas de los visitantes al Museo de Altamira juega este mismo papel. Después de haber experimentado un auténtico viaje en el tiempo, muchos de los visitantes pasan de una cierta empatía hacia los *primitivos* a una total identificación con su arte, con su intención de transmitir su legado a sus sucesores. Para muchos de los firmantes en el libro de visitas, estampar por escrito su testimonio es un acto similar al efectuado por las gentes paleolíticas:

Si en un futuro encontráis esto consideradlo arte (15/5/2009).

Hola soy Oier he estado aquí y me ha gustado mucho y seguramente cando sea mayor volveré y me gustaría ver mi firma aquí (Agosto de 2009).

Me ha encantado. Deseo que mis sucesores vengan a verlo y se encuentren mi firma (Abril 2010).

Dejamos también nuestra huella más moderna en esta visita (11/7/2010).

Soy moderno pero firmo como los antiguos [mano en un círculo] (7/12/2010).

Cuando sea famoso esta firma valdrá un riñón (17/7/2011).

Como dentro de 15000 años tengan que hacer un museo sobre nosotros... por si acaso aquí dejamos nuestras firmas (3/8/2011).

Desde Ciudad Real con mucho asombro cómo estos artistas como nos dejaron también sus firmas (junio de 2012).



6

Xurxo Ayán Vila

A lo mejor dentro de otros 20.000 años expondrán ese libro como vestigio de nuestra existencia (6/10/2012).

Como mola esto! La pena es que no se pueda ver la verdadera cueva. En fin, puede que en muchos años este libro lo descubra alguien y flípe leyendo esto. (Aunque no creo que siga la especie humana) (14/8/2012).

Dentro de 18.500 años alguien o algo leerá esto (13/10/2012).

Dejaremos nuestra huella igual que hicieron nuestros ancestros (23/8/2013).